

GUERRA, MODERNIDAD Y REFORMA: JUAN NEGRÍN EN LA JEFATURA DEL GOBIERNO (1937-1939)*

Helen Graham

The London School of Economics
and Political Science

En sus actividades políticas durante la guerra civil, al igual que en las realizadas durante su anterior etapa académica e intelectual¹, Juan

* (La versión original inglesa de este artículo se escribió en 1995 y fue publicada en P. PRESTON y A.L. MACKENZIE (eds.): *The Republic Besieged. Civil War in Spain, 1936-1939*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1996.

¹ Educado en la universidad alemana, donde también se unió a la juventud del partido socialdemócrata (SPD), Negrín era un hombre de impresionante capacidad intelectual. A los 20 años (en 1912n) Negrín obtuvo su doctorado en medicina (al que más tarde añadió otro en fisiología) y seguidamente trabajó como investigador científico en Alemania durante casi cinco años. Regresó a España durante la I Guerra Mundial y, en Madrid, dirigió un laboratorio de la prestigiosa Residencia de Estudiantes, cuya elite artística e intelectual reflejaba los valores liberales de la Institución Libre de Enseñanza (véase nota 2). (Un co-residente de Negrín fue Marcelino Pascua, también médico, que posteriormente sería embajador de la República en Moscú durante la guerra). En 1922, a los 30 años, Negrín aprobó las oposiciones a la Cátedra de Fisiología de la Universidad de Madrid. Afiliado al PSOE en 1929, fue elegido diputado por Las Palmas en 1931. Sus compromisos políticos (básicamente en labores de comités técnicos) y el consecuente abandono de la investigación le llevaron en 1934 a pedir la excedencia de su Cátedra, cesando en su labor de enseñanza. Ello no obstante, siguió siendo un artífice fundamental de la nueva Ciudad Universitaria. Como secretario de su Junta de Construcción desde 1931, Negrín invirtió gratuitamente gran cantidad de su tiempo y de su capacidad organizativa y creativa en este proyecto. Las fuentes sobre la biografía de Negrín son escasas. Véase S. ALVAREZ: *Negrín. Personalidad histórica*, 2 vols., Madrid, Ediciones de la Torre, 1976; M. ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, Planeta, 1976; J. LLARCH: *Negrín ¡Resistir es vencer!*, Barcelona, Planeta, 1985; J. MARICHAL: «Juan Negrín. El científico como gobernante», en J. MARICHAL: *El intelectual y la política*, Madrid, CSIC, 1990). A. RODRÍGUEZ QUIROGA: «Juan Negrín (1892-1956): el científico como estadista», *Sistema* (129), noviembre 1995, pp. 79-94. M. TUÑÓN DE LARA, R. MIRALLES y B.N. DÍAZ CHICO: *Juan Negrín. El hombre necesario*. Las Palmas, Gobierno de Canarias, 1996.

Negrín siempre se reveló como un reformista liberal en la tradición secular, elitista y modernizadora de la Institución Libre de Enseñanza². Había nacido en el mismo año que el general Francisco Franco (1892) en el seno de una de las familias más conservadoras de la burguesía de Las Palmas de Gran Canaria. Pero Negrín y Franco encarnaban dos respuestas generacionales radicalmente opuestas ante el proceso de cambio socio-político abierto en España tras el desastre colonial de 1898 y agudizado por el impacto de la Primera Guerra Mundial. Aunque la mayoría de las respuestas colectivas a ese proceso compartían la necesidad de un Estado fuerte para garantizar el futuro desarrollo nacional de España, diferían por completo en su concepción del proyecto nacional que habría de forjarlo y sostenerlo. Negrín era, desde el punto de vista cultural, ecléctico, racionalista, laico (aunque no anticlerical: su hermano y su hermana profesarían como religiosos), se había educado fundamentalmente en el extranjero (vivió más de ocho años en Alemania) y poseía una vasta cultura. Tanto por su temperamento como por su experiencia³, no podía estar más alejado del medio cultural en el que se habían formado los líderes militares insurgentes y sus apoyos civiles: el estrecho mundo de los barracones y la brutalidad simplificadora de las campañas coloniales en Marruecos habían generado un nacionalismo belicista y un mito de renacimiento imperial que estaban reforzados por el maniqueísmo cultural e intelectual de la derecha ultranacionalista y casticista⁴.

Negrín compartía la concepción clásicamente liberal de un estado-nación «inclusivo», basado en una ampliación de las posibilidades de educación popular como clave para la modernización económica, política, social y cultural de España⁵. Durante la década de los años treinta,

² La I.L.E. había sido fundada en Madrid en 1876 por profesores universitarios liberales y preocupados por la educación (especialmente por Francisco Giner de los Ríos). Su objetivo era proporcionar una educación secular y no oficial (libre del dogma católico) que habría de nutrir a la élite necesaria para modernizar España.

³ Sobre el eclecticismo de Negrín, véase el comentario del socialista asturiano Teodomiro Menéndez recogido en MARICHAL: «Juan Negrín», p. 89. Véase también la nota 1.

⁴ El vocablo «casticismo» designa un tipo de nacionalismo cultural introspectivo y frecuentemente intolerante que se asocia a la tradición castellana. Su uso se hizo muy corriente a finales del siglo XIX y se popularizó con los escritores de la Generación del 98. Con su fuerte carga racial (casta), fue asimilado por la ideología franquista para justificar el predominio castellano en el proceso de construcción del estado, presentando a las tradiciones castellanas como las más «típicamente españolas».

⁵ Véase el artículo periodístico de NEGRÍN: «La democratización de la Universidad», *El Socialista*, 28 de mayo de 1929. Citado en J. MARICHAL: «Juan Negrín», p. 88. Se trata de su única publicación no científica en el período anterior a la guerra.

sin embargo, esta concepción liberal integral sufría grandes tensiones en toda Europa a medida que una profunda crisis separaba radicalmente los intereses económicos del capital del sistema de valores y creencias del liberalismo político y cultural: el repliegue económico era difícilmente compatible con la continua financiación de la reforma social que predicaba el liberalismo integral. La República dirigida por Negrín lucharía para defender un proyecto liberal integral. Pero las necesidades del esfuerzo bélico, especialmente el llevado a cabo en condiciones de abrumadora inferioridad material, agudizarían las contradicciones inherentes a la concepción liberal (entre la necesidad de un fuerte Estado y la creencia en la nación democráticamente cooptada).

En su calidad de liberal e *institucionista*, la concepción de Negrín de una España moderna no era ni anticapitalista ni radicalmente igualitaria en el sentido social o cultural. Su ingreso en el Partido Socialista Obrero Español (relativamente tarde, en 1929, cuando contaba con treinta y siete años) no se debió a ninguna afinidad con su proclamada doctrina de clase sino a su percepción del partido (en virtud de su potencia organizativa y práctica reformista contraria a esa doctrina) como el instrumento idóneo para lograr la reforma liberal de la sociedad y la política española mediante su apertura a las ideas y tendencias liberales europeas⁶. En el plano práctico, el PSOE era un partido moderado de tinte socialdemócrata que buscaba alcanzar el poder por medios legales para realizar un programa de reforma social y económico limitado y nada maximalista⁷. Para conseguir ese propósito, era imprescindible una completa modernización del aparato del Estado. Este era el objetivo con el que se identificó crecientemente el grupo parlamentario del PSOE tras el establecimiento de la Segunda República en abril de 1931. Probablemente su más resonante exposición pública fue el discurso titulado «La conquista interior de España», pronunciado en mayo de 1936 en Cuenca por el entonces amigo íntimo y correligionario de Negrín, el dirigente socialista Indalecio Prieto. En el mismo, Prieto ex-

⁶ Recuérdese al respecto la filosofía de la I.L.E. y el hecho de que Negrín aconsejaba a sus estudiantes, doctorandos y colegas que leyeran los trabajos de los investigadores y científicos europeos y extranjeros de su especialidad. S. ÁLVAREZ: *Negrín*, I, p. 25.

⁷ Cfr. el comentario de Luis Araquistáin (antes de su desplazamiento hacia la izquierda socialista) relativo a que los socialistas habían abandonado su ideal de ciudad socialista por la de los republicanos. Citado en Enrique MONTERO: «Reform Idealized: The Intellectual and Ideological Origins of the Second Republic», en H. GRAHAM y J. LABANYI (eds.): *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The Struggle for Modernity*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 131.

hortaba a los progresistas españoles para que retornaran al desafío largamente pendiente de la «conquista interior» de su propio país. En otras palabras, postulaba el abandono de las tentativas revolucionarias por inviables (tal era la conclusión que Prieto había extraído del fracaso de la insurrección asturiana de octubre de 1934) para volver a la tarea de la reforma institucional y social. El discurso de Cuenca reflejaba a la perfección el punto de vista y los objetivos de Negrín.

Sin embargo, en 1936 el movimiento socialista estaba profundamente dividido a propósito de la colaboración del PSOE en las tareas de gobierno. Ante la amenaza de escisión de la corriente de izquierda (con importante apoyo entre sectores de UGT), el grupo parlamentario dejó pasar la ocasión de entrar en el gobierno y reforzar al Estado republicano en sus momentos más críticos, cuando el apoyo a la conspiración militar se extendía entre la oficialidad. El temor, especialmente sentido por Prieto, a la ruptura formal del movimiento socialista paralizó la actividad del partido en el momento crucial de mayo de 1936. Negrín, que por entonces, al igual que más tarde, concebía al PSOE como un instrumento político más que como un fin o valor en sí mismo, creía firmemente que la izquierda del partido carecía de proyecto alternativo ideológico o estratégico y que Prieto debía afrontar su vacío desafío⁸. Pero Prieto no lo hizo y ese fracaso de su voluntad política que mantuvo al PSOE lejos del poder causó un daño irreparable al proyecto republicano. Porque cualesquiera que hubieran sido los obstáculos para desactivar la amenaza militar antes de su materialización en forma de insurrección, siempre serían infinitamente menores que los que bloquearon la vía a una victoria de la República una vez desencadenada la guerra⁹. La comprensión de este hecho tendría un efecto corrosivo en la dirección del PSOE durante la guerra y habría de intensificar el aislamiento de Negrín durante su jefatura del gobierno¹⁰.

⁸ Julián ZUGAZAGOITA: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 23-24. Cf. También M. Pascua, en S. ÁLVAREZ: *Negrín*, II, p. 278. Esta opción era la que Negrín defendía en el mitin de Ecija (Sevilla), en el que actuó como uno de los protectores armados de Prieto contra el violento rechazo del movimiento juvenil socialista y otras federaciones socialistas del sur que apoyaban a la izquierda.

⁹ Inevitablemente, la memoria de esta situación, junto con las presiones de un esfuerzo bélico en condiciones tan desfavorables, acabarían por contribuir al creciente distanciamiento entre Prieto y Negrín a mediados de 1938 que socavaría aún más la coherencia del movimiento socialista. Un análisis completo de este proceso es materia de mi libro sobre la República española durante la Guerra Civil, de próxima publicación por Cambridge University Press.

¹⁰ «... en relación con su Partido, Negrín no apreciaba otra cosa que una sensación de vacío, una impresión glacial de indiferencia y de apocamiento, que, para su espíritu joven, para

La sublevación militar del 17 y 18 de julio de 1936 liberó fuerzas centrífugas que desarticularon el frágil aparato del Estado. En los espacios de vacío así creados, las clases populares, con su experiencia acumulada de acción directa y una cultura muchas veces carente de idea positiva de Estado, generaron multitud de iniciativas locales para reorganizar los municipios y los barrios que por algún tiempo desafiaron implícitamente el orden capitalista tanto en sus aspectos económicos como sociales.

Negrín era un liberal que creía en la consustancialidad de los derechos civiles y de propiedad. Por tanto, no percibió la situación surgida de los críticos días de julio como un embrión de orden revolucionario e igualitario basado en la potencia creadora de la voluntad popular y su genio para la improvisación. Por el contrario, la contempló como un despliegue de poder violento y arbitrario que era resultado de la fragmentación del Estado y del colapso de la autoridad constitucional. A su juicio, los comités de partidos y sindicatos surgidos para hacer frente con mayor o menor acierto a las urgentes necesidades de la defensa republicana eran ilegítimos precisamente porque su poder no estaba sujeto a ningún control constitucional. La República también estaba perdiendo su vital credibilidad internacional porque los gobernantes de las democracias se fijaban inevitablemente en esa situación (aun cuando la misma fuera el producto de un golpe militar).

Además, en opinión de Negrín, un Estado fragmentado jamás tendría los recursos para derrotar a sus enemigos, tanto los presentes dentro de la zona republicana (los sectores sociales que resistían el proceso de «nacionalización» acelerado desde abril de 1931 o la «quinta columna» ideológica) como los que se encontraban al otro lado del frente y luchaban por una forma distinta de comunidad nacional. El Estado republicano tenía que ser reconstruido para ganar la guerra y ésta justificaba la recuperación por parte del Estado central liberal de sus poderes políticos y recursos materiales asumidos por sindicatos obreros, cantonalistas proletarios y regionalistas burgueses al compás de la sublevación de julio¹¹. El orden liberal constitucional implícito en este

su vitalidad desbordante y para su temperamento apasionante, venía a ser algo así como la invitación al "buen morir"...». Comentario de Gabriel MORÓN: *Política de ayer y política de mañana*, México, 1942, p. 109. Cfr. Fernando VÁZQUEZ OCAÑA: *Pasión y muerte de la Segunda República Española*. París, Ed. Norte, 1940, *passim*.

¹¹ Es difícil transmitir la fuerza de la idea de Estado en Negrín. Véase por ejemplo F. VÁZQUEZ OCAÑA: *Pasión y muerte de la Segunda República*, p. 59, y su artículo en S. ÁLVAREZ, *Negrín*, II, pp. 252-253. Gil MUGARZA: *España en llamas*, 1936, Barcelona, Acervo.

proyecto centralizador era el medio de legitimación de la autoridad estatal republicana. Correspondía al Estado reorganizar la jerarquía económica y cultural para facilitar, en el plazo inmediato, la urgente tarea de la movilización de masas (o «nacionalización») requerida por el esfuerzo bélico, en tanto que a medio plazo habría de facilitar reformas sociales siempre que éstas fueran compatibles con el orden capitalista. Si Manuel Azaña había dicho una vez que la República comenzaba y terminaba con el Estado, también era cierto que los «republicanos históricos» en España habían sido notoria y reiteradamente incapaces de convertir sus objetivos en políticas prácticas¹². Negrín, sin embargo, era el político sobresaliente de la era republicana porque sus esfuerzos empezaron a convertir esa abstracción en una realidad.

Este propósito de construcción del Estado era evidente en Negrín mucho antes de su acceso a la jefatura del gobierno en mayo de 1937. Comprometido como estaba con la idea de un Estado «racional» o «guardián», Negrín no tenía demasiado interés en el Parlamento como escenario de las artes oratorias implícito en la práctica del clientelismo propio del ámbito mediterráneo. Desde el principio, tras su elección como diputado en las Cortes de la República de 1931, se dedicó a trabajar en comités parlamentarios de naturaleza técnica y lejanos a los focos de atención públicos (particularmente en la comisión de presupuestos). Tanto por su personalidad como por sus objetivos políticos, Negrín estaba mucho más interesado en la creación o renovación de estructuras básicas para una acción política más eficaz¹³.

1968, p. 537 (también citado en J.M. GARCÍA ESCUDERO: *Historia política de las dos Españas*, Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 1.745. F. LARGO CABALLERO: *Notas históricas de la guerra en España, 1917-1940*, manuscrito inédito custodiado en la Fundación Pablo Iglesias (Madrid), p. 986.

¹² Véase H. GRAHAM: «Community, State and Nation in Republican Spain, 1931-1938», en A. SMITH y C. MAR-MOLINERO (eds.): *Nationalism and National Identity in the Iberian Peninsula*, Oxford, Berg, 1996. S. JULIÁ: «La experiencia del poder: la izquierda republicana, 1931-1933», en N. TOWNSON (ed.): *El republicanismo en España*, Madrid, Alianza, 1994. J.M. MACARRO VERA, «Social and Economic Policies of the Spanish Left in Theory and Practice», en M.S. ALEXANDER y H. GRAHAM (eds.): *The French and Spanish Popular Fronts. Comparative Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989. Del mismo autor, «Economía y política en el Frente Popular», *Revista de historia contemporánea*, n.º 7, 1996, pp. 129-150. Para el período anterior a 1930, Pamela RADCLIFF, *Politics, Culture and Collective Action in a Spanish City, 1900-1937*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

¹³ Incluso durante la guerra, Negrín nunca fue muy «visible». Hay muy pocas fotografías suyas, dado que procuraba evitarlas activamente. Incluso su tumba en el cementerio de Père Lachaise en París, donde fue enterrado en noviembre de 1956, carece de inscripción.

La experiencia que Negrín tuvo de la guerra desde sus primeros momentos acentuó su convicción de la imperiosa necesidad de concentrar la autoridad política y militar. Cuando no estaba directamente involucrado (al igual que los otros parlamentarios socialistas) en la tarea de preservar los restos del aparato gubernativo desde la presidencia del gobierno o los ministerios de la Marina y del Aire, Negrín se desplazaba a la sierra de Guadarrama para observar las defensas militares republicanas en directo, en condiciones nada seguras¹⁴. Posteriormente, desde el 4 de septiembre de 1936, como reacio ministro de hacienda en los gabinetes presididos por el veterano líder del sindicalismo socialista Francisco Largo Caballero, los conflictos jurisdiccionales de Negrín con los sindicatos y los comités locales de la capital fueron constantes en materias de control y suministro de recursos¹⁵.

Por indicación de Prieto, Negrín había aceptado la cartera de Hacienda como parte de los puestos del gabinete nombrados por la comisión ejecutiva del PSOE. Al igual que el resto de los parlamentarios socialistas de su tendencia, Negrín tenía una opinión muy desfavorable sobre las capacidades políticas y organizativas tanto del mismo Largo Caballero como de la izquierda socialista del PSOE que apoyaba en el gabinete al veterano sindicalista¹⁶. El papel de la izquierda socialista al impedir el acceso del PSOE al gobierno en mayo de 1936 había sido el motivo de que se rompiera *de facto* la unidad organizativa del movimiento socialista¹⁷. Pero la hostilidad de los parlamentarios socialistas hacia la izquierda del PSOE (como un elemento fragmentador desde el punto de vista orgánico y endeble en el plano ideológico) había ido creciendo desde el fracaso de la insurrección de octubre de 1934. En aquel momento, la proclamada voluntad revolucionaria de la izquierda, con

¹⁴ Mariano ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*, p. 140. También Marcelino Pascua, citado en S. ÁLVAREZ: *Negrín*, II, p. 280. J. ZUGAZAGOITIA: *Guerra y vicisitudes*, pp. 122-123.

¹⁵ F. VÁZQUEZ OCAÑA: *Pasión y muerte de la Segunda República*, p. 59. Sobre las reticencias de Negrín, véase J. ZUGAZAGOITIA: *Guerra y vicisitudes*, pp. 154-155. Confirmadas por el discurso de Negrín ante las Cortes el 30 de septiembre de 1938 (Valencia, Ediciones Españolas, 1938, p. 4). *Epistolario Prieto y Negrín. Puntos de vista sobre el desarrollo y consecuencias de la Guerra Civil española*, París, Imprimerie Nouvelle, 1939, p. 40.

¹⁶ La opinión negativa era recíproca. Para la hostilidad de Largo hacia Negrín y el sentido de la disciplina de éste («estoy con mi partido hasta en sus errores»), véase H. GRAHAM: *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 93-94. *Epistolario Prieto y Negrín*, pp. 40-41.

¹⁷ H. GRAHAM: *Socialism and War*, pp. 34-41, y «The Eclipse of the Socialist Left, 1934-1937», en F. LANNON y P. PRESTON (eds.): *Elites and Power in Twentieth-Century Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 134-139.

gran peso en Madrid, se había evaporado en el aire. Y a pesar de su retórica radical en los dos años siguientes, la izquierda ni fue capaz de configurar una línea política propia eficaz ni pudo crear las estructuras de poder necesarias para organizar la revolución anticapitalista cuya inminencia no dejaba de anunciar. Por cierto, Negrín, Prieto y sus correligionarios comprendieron muy bien que el auge de Largo Caballero y la izquierda socialista en el gabinete de septiembre se debió a la disposición revolucionaria de las milicias proletarias (que había aplastado la insurrección militar en julio) y su percepción de lo que la izquierda socialista significaba (sobre todo el rechazo a todo compromiso con los insurgentes)¹⁸. De hecho, el comentario de Negrín al saber que Largo iba a formar gobierno (que implicaba la victoria de octubre de 1934 y que era peor que si los nacionalistas hubieran tomado Getafe, aeródromo militar cercano a Madrid) debe entenderse más como crítica a la mediocridad política y bancarota estratégica de la izquierda que como expresión de temor ante su potencial radicalismo político¹⁹. Por supuesto, Negrín también estaba muy preocupado por la negativa impresión que el nuevo gobierno iba a causar en los medios oficiales y gubernamentales del mundo occidental.

Con un gabinete en el que la izquierda socialista ocupaba los puestos clave (la presidencia y las carteras de Guerra, Gobernación y Estado)²⁰, Negrín se veía a sí mismo como una batida fortaleza de gobierno ordenado en medio de una ola de ineficacia y desorganización letal aunque bien intencionada. Sabía que tenía en sus manos una cartera ministerial absolutamente crucial para la supervivencia de una República que luchaba contra el abrumador peso del embargo económico impuesto por las democracias capitalistas occidentales (iceberg cuya punta era la diplomacia de la No Intervención).

En ese contexto, era imprescindible que la República asegurara sus reservas de oro en un lugar donde pudieran ser rápidamente movilizadas.

¹⁸ H. GRAHAM: *Socialism and War*, pp. 55-59 (especialmente, p. 56), y «Spain 1936. Resistance and Revolution: The Flaws in the Front», Tim KIRK y Tony McELLIOTT (eds.): *Community, Authority and Resistance to Fascism in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, en preparación.

¹⁹ Cfr los comentarios de Pascua en S. ÁLVAREZ: *Negrín*, II, pp. 278 y 281. J. ZUGAZAGOTIA: *Guerra y vicisitudes*, p. 154. La esterilidad ideológica y bancarota estratégica de la izquierda socialista nunca fue más evidente que en los procedimientos elegidos para seguir librando sus combates dentro del Partido Socialista a la par que la República libraba una guerra a muerte. H. GRAHAM: *Socialism and War*, *passim*.

²⁰ Aunque no hubiera coherencia alguna dentro de este grupo. H. GRAHAM: *Socialism and War*, pp. 78-79, 82-83, 167-197.

das para cubrir las necesidades originadas por la guerra. A la postre, el temor a un bloqueo de esos recursos financieros republicanos en el ámbito capitalista occidental, junto con las señales de disposición soviética a prestar ayuda a la República para evitar una súbita derrota militar, hicieron que la opción más viable fuera el envío de las reservas de oro a la Unión Soviética. El decreto para movilizar las reservas de oro, inevitablemente secreto, fue uno de los últimos actos del gabinete exclusivamente republicano presidido por José Giral. Aprobado este decreto (el 30 de agosto de 1936), su gabinete cedió el paso al nuevo gobierno de Largo Caballero como consecuencia de la erosión sufrida tanto por los intentos republicanos de lograr un compromiso con los rebeldes como por los fracasos en el plano militar y de orden público²¹. Como Ángel Viñas ha demostrado en su definitivo estudio sobre el envío del oro²², ese decreto demostraba que las autoridades republicanas (incluyendo las administrativas del Banco de España, a pesar de la ambigua lealtad de muchos de sus altos funcionarios) habían decidido ya que el curso de la guerra (con los insurgentes acercándose a Madrid) exigía la inmediata movilización de los recursos financieros convertibles para garantizar a la República los medios con los que librar la guerra. Con la formación del nuevo gobierno de Largo Caballero justo en ese momento, recayó sobre Negrín, como nuevo ministro de Hacienda, la tarea de supervisar formalmente los envíos de oro. Su papel, por lo tanto, consistió en llevar a la práctica una política gubernamental ya en marcha, no en formularla²³. Además, la minuciosidad de Negrín al garantizar que cada paso en la transferencia fuera cuidadosamente documentada, contrasta con la irritación del propio Largo Caballero ante

²¹ Sobre todo la masacre en la Cárcel Modelo el 23 de agosto de 1936. J. ZUGAZAGOITIA: *Guerra y vicisitudes*, pp. 128-131. Hugh THOMAS: *The Spanish Civil War*, Harmondsworth, Pelican, 1977, p. 404.

²² Ángel VIÑAS: *El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista*, Barcelona, Grijalbo, 1979.

²³ Ángel VIÑAS: *El oro de Moscú*, pp. 51-55. J.S. VIDARTE: *Todos fuimos culpables*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 536-539. Dadas las abrumadoras pruebas en su contra, apenas merece la pena desmentir la fantasía sobre «la traición de Negrín», recogida en libros como *Chantaje a un pueblo* (Madrid, Toro, 1974), obra del veterano socialista valenciano y caballero, Justo Martínez Amutio (véase p. 42). Parece evidente el acierto del comentario de Marcelino Pascua al respecto: se trata de un libro vacío que buscaba el escándalo para hacer creer que el autor había sido algo que nunca fue: parte del estrecho círculo de gobernantes efectivos de la República. Carta de Pascua a Viñas, 13 de febrero de 1977 (punto 6), caja 8 (13), Archivo personal de Marcelino Pascua. Custodiado en el Archivo Histórico Nacional (Madrid).

esas medidas cautelares, algo que subraya la propia concepción de Negrín sobre el alto sentido de la responsabilidad exigible a los servidores del Estado²⁴.

Desde su cargo ministerial, al igual que posteriormente desde la jefatura del gobierno²⁵, Negrín procuró restablecer un ortodoxo orden económico capitalista y, sobre todo, en pro de una centralización económica como vehículo crucial para la consolidación del poder estatal²⁶. Comenzó dotando al propio ministerio de Hacienda de las estructuras y medios técnicos necesarios, aunque hubo cierta continuidad en la plantilla de personal (formada básicamente por tecnócratas republicanos y altos funcionarios)²⁷. La reforma de Negrín del cuerpo de carabineros (policía de aduanas), haciéndolo responsable directamente ante el ministro y utilizándolo para arrancar a los comités sindicales y partidistas la vigilancia de las fronteras, sirvió para restablecer el control central sobre el movimiento de divisas. Esta línea de actuación estaba claramente inspirada por un programa político (la consolidación del Estado burgués) que también se refleja en el coetáneo proceso de reimposición gradual del control estatal sobre las industrias socializadas. Era evidente que esta forma de centralización económica era tan importante como la militarización de las milicias para sostener la guerra defensiva a largo plazo a la que la República se veía obligada por el embargo de armas y la No Intervención. Dicha militarización era una parte más del mismo proceso de reconstrucción del Estado en curso. Pero es preciso subrayar un elemento esencial: la República no tenía otra opción que combatir bajo los términos impuestos por los insurgentes, lo que implicaba enfrentarse al complejo industrial y militar más sofisticado de la época (el de un Estado nazi que estaba preparándose para una nueva guerra general)²⁸. En esa batalla, las divisas ex-

²⁴ J. ZUGAZAGOITA: *Guerra y vicisitudes*, p. 301.

²⁵ Aunque el republicano de izquierda, Francisco Méndez Aspe, íntimo colaborador de Negrín, asumió la cartera de Hacienda formalmente en abril de 1938 (cuando Negrín se hizo cargo de la cartera de Defensa además de la jefatura del gobierno), de hecho el jefe del gobierno siguió siendo responsable de la política económica de la República hasta el final de la guerra.

²⁶ La labor de Negrín en Hacienda era una plasmación a pequeña escala de su objetivo general de restablecer la autoridad del estado. De ahí provenía su rechazo al «espíritu arbitrario» de los días de julio de 1936. F. VÁZQUEZ OCAÑA: *Pasión y muerte de la Segunda República*, pp. 59-60.

²⁷ Nombres y detalles en F. VÁZQUEZ OCAÑA: *op. cit.*, p. 61.

²⁸ Todos estos puntos de la estrategia de Negrín fueron subrayados en su discurso a las Cortes del 30 de septiembre de 1938.

tranjeras eran una sangre preciosa y vital. La opinión de Negrín de que la guerra se terminaría para la República el día que gastara la última peseta-oro era un juicio acertado sobre su perpetuo aislamiento internacional²⁹. Es en este contexto de lucha por el control de las divisas extranjeras y a favor del monopolio estatal en el uso de los recursos económicos nacionales donde hemos de situar los conflictos de Negrín a lo largo de la guerra, primero con la CLUEA (consorcio de sindicatos obreros para la exportación frutícola de Levante³⁰) y luego, los más amargos, con el Consejo de Aragón y la Generalitat catalana, éste último probablemente el peor de todos por la agobiadora disputa jurisdiccional. Desde la perspectiva de Negrín, el hecho de que el gobierno regional de Cataluña no quisiera someter sus lícitas demandas históricas y culturales a las exigencias superiores de la guerra había convertido a los nacionalistas catalanes en pequeños provincialistas («de miras estrechas»).

Los constantes intentos de Negrín, desde el principio, para controlar personalmente desde el Ministerio de Hacienda los diversos canales de suministros de armas le habían enfrentado a la Comisión de Compras afincada en París (creada en septiembre de 1936 por Luis Araquistáin, lugarteniente de Largo Caballero y embajador en Francia hasta mayo de 1937). El objetivo de Araquistáin había sido acabar con el caos que había encontrado al llegar a París, donde varios agentes republicanos españoles trataban por separado de comprar armas para los distintos grupos de la República que les habían enviado allí. De hecho, estos agentes con frecuencia competían entre sí en las compras, con el resultado de elevar el ya de por sí alto precio del armamento. Esa situación era un fiel reflejo del profundo grado de desorganización general y falta de comunicación regular que había generado la descomposición del Estado como resultado del golpe militar. Araquistáin se quejaba de que Negrín simplemente hacía caso omiso de sus peticiones de fondos financieros y así se habían perdido varias oportunidades de compra de

²⁹ Nuestro conocimiento de las opiniones político-económicas del propio Negrín procede del testimonio de uno de sus asesores en Hacienda, el socialista Jerónimo Bugada, que hizo unas declaraciones relevantes en la importante reunión de la comisión nacional del PSOE celebrada en Valencia en julio de 1937. Véase el acta del discurso de Bugada en el Archivo Histórico de Moscú, Fundación Pablo Iglesias (Madrid). Cfr. H. GRAHAM: *Socialism and War*, p. 108.

³⁰ Aurora BOSCH SÁNCHEZ: *Ugetistas y libertarios: Guerra Civil y revolución en el País Valenciano*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim-Diputació Provincial de Valencia, 1983, pp. 117-123 y 336-340. Walther BERNECKER: *Colectividades y revolución social: el anarquismo en la Guerra Civil española*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 123-126.

armas³¹. Aunque es cierto que en numerosas ocasiones no se remitieron los fondos a la Comisión de París, con la documentación disponible no resulta posible confirmar la denuncia de Araquistáin.

La falta de confianza entre Araquistáin y Negrín era en gran parte el producto de antagonismos políticos y personales previos. Su distanciamiento databa de la crisis ministerial de mayo de 1936 y de la obstaculización por la izquierda socialista de la tentativa de Prieto para alcanzar la jefatura del gobierno. Negrín y sus correligionarios en las Cortes creían que Araquistáin había sido el principal responsable de esa oposición³².

Sin embargo, si Negrín hubiera retenido el envío de esos fondos deliberadamente (y ello no hubiera sido un problema derivado de la fragmentación de los canales de comunicación), esa «parsimonia» habría estado en perfecta concordancia con su estrategia económica general puesto que Negrín era muy consciente del despilfarro implícito en la compra de armas por medio de las comisiones. Aunque la Comisión de París hubiera supuesto una mejora respecto a la situación encontrada por Araquistáin a su llegada, no por eso dejaba de ser poco eficaz y manejable, al igual que el gabinete de Largo Caballero, debido a que la composición tanto de la una como del otro tenía que reflejar todos los componentes del Frente Popular. Ello implicaba un alto grado de conflictividad política interna que reducía considerablemente su eficacia a la par que no solucionaba el problema de la duplicación de las compras de armamento a través de otros canales. En la primavera de 1937, en un intento de mejorar la situación y establecer el control centralizado deseado por Negrín, las funciones de las comisiones de compra fueron absorbidas por un nuevo organismo creado en el Ministerio de Defensa, la Sub-Secretaría de Armamentos. Su oficina en París fue encomendada a un correligionario de Negrín, Alejandro Otero, el cual, como el mismo jefe de gobierno y el embajador republicano en Moscú, Marcelino Pascua, era médico³³.

³¹ Peticiones de Araquistáin a Negrín el 9 y 25 de febrero de 1937 y sus comentarios sarcásticos a su correligionario de la izquierda socialista, Julio Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores, el 22 de febrero de 1937. Archivo de Luis Araquistáin, correspondencia política, legajo 70/81, Archivo Histórico Nacional (Madrid).

³² Véase la carta de Araquistáin a Negrín el 2 de marzo de 1937, en la que le acusa de sabotear su gestión como embajador y lo atribuye a su negativa inicial a su nombramiento. Archivo de Luis Araquistáin, legajo 35, 8-20.

³³ José FERNÁNDEZ CASTRO: *Alejandro Otero: el médico y el político*, Madrid, Noguer, 1981, p. 108.

Debe recordarse, sin embargo, que en último término la ineficacia y el despilfarro implícito en las compras de armas por parte de la República eran una consecuencia estructural del embargo internacional. La No Intervención, al eliminar la posibilidad de compra directa entre gobiernos (no obstante la ayuda soviética), obligó a la República a someterse a las veleidades del mercado de armas y a la negociación con intermediarios privados de la más dudosa reputación. También debe recordarse que, al principio, los cuadros dirigentes de la República (la mayoría de profesiones liberales) estaban muy mal equipados para moverse en esa jungla, careciendo de los contactos adecuados y de los conocimientos técnicos precisos. Los agentes de compras republicanos eran así doblemente vulnerables ante la ola de intermediarios y oportunistas (algunos de los cuales hicieron verdaderas fortunas en el proceso) por su falta de experiencia y de canales alternativos.

El hecho de que la No Intervención forzase a la República a depender de una serie de vías y procedimientos aleatorios y complicados para abastecerse de armas supuso una desventaja acumulativa, tanto en el plano cualitativo como cuantitativo: las armas llegaban con munición incompatible, o con instrucciones en oscuros idiomas extranjeros, o sin apoyatura logística y técnica, reduciendo con ello su utilidad. Para mayor infortunio, además, el obstáculo de la No Intervención implicaba que ese material era sumamente costoso para la República³⁴.

La ola de violencia popular (anticlerical, revolucionaria o de otra naturaleza) que estalló en la zona republicana bajo el impacto del golpe militar y del colapso estatal había creado un serio dilema a Negrín, que llegó a cuestionarse durante algún tiempo el valor de su compromiso con la causa leal. Como ministro, Negrín siguió participando, con todo el riesgo que esto conllevaba, en las patrullas nocturnas informales por la capital que trataban de evitar o reducir los *paseos* (ejecuciones al margen del proceso judicial)³⁵. Su eliminación era para Negrín la con-

³⁴ Así que, pese a la reducción del despilfarro lograda por la centralización de Negrín, la República siguió pagando un precio y comisiones abusivos en el mercado de armas. Estoy en deuda con Gerald Howson por su ayuda respecto a la oscura historia de las comisiones de compras. Su amplia investigación sobre el impacto del embargo de armas y la No Intervención sobre la República está presente en este apartado. A la espera de que publique su última obra, véase su previo libro *Aircraft of the Spanish Civil War*, que contiene, bajo su formato especializado en aeronáutica, mucha información sobre ese impacto. Véase también mi reseña en «Spain and Europe: The View from the Periphery», *The Historical Journal*, XXV, 4, 1992, pp. 969-983.

³⁵ M. Pascua en S. ÁLVAREZ: *Negrín*. II, p. 280. En el caso de Valencia, véase M. ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*. pp. 165-166.

dición esencial para reconstruir la legitimidad del Estado republicano. A partir del 23 de agosto de 1936 comenzaron a funcionar los Tribunales Populares con ese mismo objetivo³⁶: devolver al Estado su función definitiva y la base de su poder, el monopolio sobre la «violencia legítima» en el territorio republicano. Para Negrín, la «violencia legítima» del Estado siempre había incluido el recurso a la pena de muerte por crímenes excepcionales que amenazaban su estabilidad. Por ejemplo, en 1932, Negrín había defendido con firmeza que la República era demasiado débil como para no ejecutar a los líderes de la fracasada rebelión militar de agosto, encabezada por el general José Sanjurjo, entonces al frente de la Guardia Civil. Como liberal que era, Negrín creía que la violencia era un aspecto del poder del Estado cuya legitimidad residía en que no era arbitraria: los límites de la autoridad estatal estaban definidos por la Constitución y sujetos a revisión por consentimiento colectivo, lo cual no sucedía con los múltiples comités creados en los días de julio de 1936.

Las dudas éticas y políticas de Negrín acerca de la República en el verano de 1936 no derivaban, así pues, de la violencia emanada por un Estado en proceso de reconstrucción sino de la violencia popular. Y estas reservas no se mantuvieron después de los primeros meses del conflicto. En parte porque la vía hacia la normalización republicana, aunque larga y penosa, estaba siendo transitada con decisión. Pero en parte también porque el dilema de Negrín fue resuelto por el curso de los acontecimientos en la zona insurgente, que rápidamente dejó claro lo que los rebeldes entendían por «orden».

La limpieza «africanista»³⁷ en julio en Triana (el barrio obrero más importante de Sevilla) anunciaba una represión sostenida en toda la provincia³⁸. La barbarie mostrada por Franco en su guerra sureña de

³⁶ Alberto REIG TAPIA: *Violencia y terror. Estudios sobre la Guerra Civil española*, Madrid, Akal, 1990, p. 121. Véase también varias colaboraciones en «Justicia Republicana», en *Justicia en guerra*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990. Se trata de las actas de un congreso sobre la justicia durante la Guerra Civil celebrado en Salamanca en noviembre de 1987. J. BARRULL PELEGRÍ: *Violència popular i justícia revolucionària. El Tribunal Popular de Lleida, 1936-1937*, Lleida, Pagès Editors, 1995. Glicerio SÁNCHEZ-RECIO: *Justicia y guerra en España: los tribunales populares (1936-1939)*, Alicante, 1991.

³⁷ El Ejército de África (tropas coloniales marroquíes mandadas por oficiales de carrera) constituyó la fuerza de choque insurgente en la guerra una vez aerotransportadas a la Península gracias al apoyo de aviones italianos y alemanes.

³⁸ Véase Antonio BAHAMONDE y SÁNCHEZ DE CASTRO: *Un año con Queipo: memorias de un nacionalista*, Barcelona, Ediciones Españolas, s.a. (1938), pp. 23-27. Julio DE RAMÓN-LACA: *Bajo la férula de Queipo: cómo fue gobernada Andalucía*, Sevilla, Imprenta del Diario

contrarreforma agraria y la masacre de Badajoz a mediados de agosto de 1936 (concebida como una advertencia a los que en Madrid apostaban por la resistencia) representaban la versión más extrema de una represión dantesca llevada a cabo en todos los lugares ocupados por los insurgentes. Y sin embargo no había habido fractura del control del Estado sobre el orden público en la zona insurgente. Las autoridades militares estaban sancionando un vasto terror que iba dirigido tanto hacia ciertos sectores civiles como hacia los combatientes. Como el propio Negrín había indicado, los rebeldes estaban redefiniendo «al enemigo» de ese modo. Es evidente que hubo un alto grado de violencia en ambas zonas después del 18 de julio de 1936. Pero ello no debe llevarnos a creer que la violencia siempre significa lo mismo. En la primera fase de la guerra librada por los insurgentes, la violencia significaba dos cosas: primero, una guerra «colonial» (especialmente en el sur) contra una clase social (el proletariado generado por la modernización y percibido como «fuera de control» por los rebeldes y sus valedores civiles); y, segundo, una guerra contra la opción cultural plural e inclusiva del liberalismo, en no poca medida porque esta opción requería la aceptación del cambio social y político más que una garantía de su contención³⁹.

Para una persona de la formación intelectual de Negrín, era éticamente repugnante y estéril la idea de que las tensiones provocadas por el reciente desarrollo económico y social de España pudieran ser «solucionadas» mediante la resurrección de un mito monolítico de gloria imperial y mediante la proyección de su violencia para reprimir a sectores de la población española y excluirlos de la definición de la nación⁴⁰. Negrín, por supuesto, no era el único en rechazar esta visión de intolerancia «medieval». De hecho, tal rechazo unía a liberales con los partidarios de la izquierda. Pero el hecho de que esta percepción fuera tan

Fe, 1939, pp. 18-20. Ian GIBSON: *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*. Barcelona. Grijalbo, 1986, pp. 80-92. Nicolás SALAS: *Sevilla fue la clave: República, alzamiento, guerra civil*. Sevilla, Castillejo, 1992. 2 vols., vol. I, pp. 281-363, vol. II, pp. 409-491.

³⁹ El significado de la violencia en la España rebelde es objeto de un análisis más detallado en mi libro sobre la República española durante la Guerra Civil, de próxima publicación.

⁴⁰ Podría interpretarse el primer franquismo como una tentativa de dirigir la dinámica colonizadora e imperial hacia adentro. En ese sentido, el proletariado español, y particularmente el proletariado urbano, sería construido durante la guerra como el pueblo-clase colonizado, el «otro» interno excluido de la nación y la nacionalidad. Esta «alternativa» idiosincrática al imperialismo social estaba en la raíz de las brutales relaciones sociales dominantes en España durante la década de los años cuarenta.

aguda en Negrín⁴¹ le separaba de otros liberales (como Azaña y, en mi opinión, Prieto) cuya creciente crisis política y personal les llevaría a mediados de 1938 a creer que los insurgentes todavía compartían con los republicanos un lenguaje cultural y político suficiente como para pactar el final del conflicto⁴². Otros factores, como la creciente dependencia rebelde del apoyo del Eje y la violación territorial que ello implicaba, reforzarían por supuesto el compromiso de Negrín con un programa de resistencia liberal y nacional. Pero en él estuvo siempre subyacente la percepción (singular para la época) de la barbarie cultural que suponía el franquismo y de la enorme violencia que, si la República no lo evitaba, acarrearía sobre las masas derrotadas. Este era el pensamiento latente tras su pregunta sin respuesta: «¿Pactar? Pero ¿y el pobre soldado de Medellín?»⁴³. Medellín era el más remoto extremo del frente republicano en Extremadura y lo que Negrín quería señalar era que si la guerra terminaba sin garantías (de ausencia de represalias) los dirigentes políticos conseguirían escapar, aquellos con recursos económicos lograrían salir al exilio en caso de necesidad, pero ¿cuál sería el destino del grueso de la población republicana, por no mencionar a los soldados?

Negrín y todos sus colegas de gabinete (socialistas, comunistas y republicanos) sabían que de los tres frentes en los que se articulaba la resistencia de la República (militar, retaguardia e internacional-diplomático) el más decisivo era y sería el de la retaguardia. La ayuda soviética había evitado la derrota en la batalla de Madrid en noviembre de 1936, pero a la altura de mayo de 1937 era evidente que las desventajas materiales y logísticas bajo las cuales se veía obligado a combatir el ejército de la República (en gran medida como resultado de la No Intervención) hacían imposible una victoria militar sobre los enemigos. La condición *sine qua non* para un triunfo republicano era, por tanto, un cambio radical en la actitud de las democracias occidentales (y

⁴¹ Véase al respecto el comentario de Negrín en 1938 al agregado militar francés, coronel Morel, sobre el «otro modo de pensar» que separaba a los insurgentes de los republicanos. Citado en Juan MARICHAL: *El intelectual y la política*, p. 100.

⁴² Cuando en febrero de 1939 los insurgentes promulgaron la Ley de Responsabilidades Políticas y Franco dio garantías de hacer distinción entre crímenes comunes y políticos, Negrín fue quien mejor percibió el sinsentido de esa distinción en el contexto de la Guerra Civil. Como diría en su discurso de 1 de agosto de 1945 en el Palacio de Bellas Artes de México: «en una guerra como la nuestra, con los caracteres de una despiadada y salvaje guerra civil, delito común es todo o delito común no es nada». *Documentos políticos para la historia de la República Española*, México, Colección Málaga, 1945, pp. 25-26.

⁴³ F. VÁZQUEZ OCAÑA: *Pasión y muerte de la Segunda República*, p. 62.

esencialmente Gran Bretaña) ante todo para eliminar el embargo de armas. Pero Negrín también confiaba que ese cambio anunciara un giro político general a favor de la causa republicana. Cuando hubiera fracasado la política de apaciguamiento (y Negrín estaba convencido de su fracaso final⁴⁴), la República obtendría una victoria política más valiosa que cualquier triunfo militar que los insurgentes pudieran lograr en el campo de batalla.

Mientras tanto, a la par que los representantes republicanos (y a veces el propio jefe de gobierno⁴⁵) libraban batallas diplomáticas y de propaganda en los foros internacionales, la principal tarea de la República era concentrar sus esfuerzos en el sostenimiento de sus capacidades defensivas a largo plazo. Negrín, cuyas responsabilidades ministeriales también incluían Hacienda (que desde mayo de 1937 incorporaba Comercio e Industria) y la cartera de Defensa durante el último año de guerra, procuró sostener un esfuerzo militar defensivo (que incluía no obstante algunas ofensivas) y fortificar la resistencia civil en la retaguardia hasta que cambiara el panorama europeo.

La alianza que iba a articular esta estrategia bélica durante el período 1937-1939 era el Frente Popular. En su versión reformista y reconstructora del Estado acuñada en 1937, la alianza de Frente Popular entre socialistas, comunistas y republicanos recordaba la conjunción progresista entre republicanos y socialistas creada en 1931. Pero los acontecimientos sucedidos durante los seis años intermedios habían cambiado radicalmente su forma. En la nueva coyuntura, el eje político del Frente Popular estaba constituido por los movimientos socialista y comunista, más que por el PSOE y los republicanos. Desde 1936, el republicanismo había entrado en una crisis terminal en la mayor parte de España debido a su fracaso en la tarea de crear (principalmente entre 1931 y 1933) un proyecto político capaz de movilizar una base social adecuada. De hecho, los republicanos habían sido incapaces de hacer frente a los niveles de movilización de masas registrados durante la República⁴⁶. Este fra-

⁴⁴ La perspectiva europea de Negrín estaba bien informada gracias a los despachos remitidos por el embajador republicano en Praga (hasta septiembre de 1938), el profesor y jurista Luis Jiménez de Asúa (vice-presidente del PSOE hasta agosto de 1938). Se custodian en el Archivo de Barcelona. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Apartado 1, archivo de la SIDE (Sección de Información Diplomática Especial), cajas 58-69.

⁴⁵ En particular, la notable actuación de Negrín en la Sociedad de Naciones en septiembre de 1937. J. MARICHAL: «Ciencia y gobierno: la significación histórica de Juan Negrín», en M. RAMÍREZ (ed.): *Estudios sobre la II República*. Madrid, Tecnos, 1975, pp. 197-198.

⁴⁶ Probablemente Cataluña sea una excepción. Pero los republicanos de esa zona no estaban interesados en el reforzamiento del Estado central. Sobre el temor de los republicanos

caso final del republicanismo histórico está en la base de un proceso acaecido entre 1934 y 1936 que habitualmente se denomina «polarización». El colapso del republicanismo se consumó con el golpe militar de julio de 1936, cuando importantes sectores de sus capas sociales (pequeños campesinos propietarios y arrendatarios, comerciantes, tenderos, pequeños patronos) se alinearon con los insurgentes y, en consecuencia, los líderes republicanos (en la persona de Diego Martínez Barrio, jefe de la Unión Republicana y presidente de las Cortes) trataron infructuosamente de negociar con los militares sublevados. En esta tentativa los republicanos perdieron los últimos restos de su credibilidad política ante los ojos de los defensores proletarios de la República.

Como resultado del golpe militar, el Estado quedó casi destrozado. Y sin embargo, desde los primeros meses de la guerra quedó claro que la República iba a tener que luchar según las reglas impuestas por los insurgentes, lo que implicaba hacer frente al poderío de sus aliados, las potencias del Eje. Cuando Largo Caballero asumió el poder en septiembre de 1936, ya resultaba evidente que la República tendría que prepararse para una guerra total (un fenómeno sin precedentes en la historia española). Por tanto, era requisito esencial para la reconstrucción estatal y la ejecución de una política bélica la articulación de nuevos cuadros técnicos y profesionales encargados de asumir las crecientes funciones de un Estado en guerra y de organizar la necesaria movilización nacional. Habida cuenta de la concepción de Negrín del PSOE como un instrumento de la modernización (concepción que había animado su ingreso en el mismo años atrás), el jefe del gobierno consideraba a los socialistas como la base de apoyo natural para sostener su labor y proporcionar su personal humano.

Sin embargo, por una serie de razones, el PSOE no podía por sí mismo cumplir las grandes funciones que el proyecto de Negrín requería. La proclamación de la República en 1931, al acelerar un proceso de movilización política de masas, también había precipitado una grave crisis en el seno del movimiento socialista. Al igual que los republicanos, los socialistas estaban muy mal preparados para el desafío de en-

centristas-progresistas y su fracaso frente a la movilización de masas véanse: H. GRAHAM: «Community, State and Nation in Republican Spain, 1931-1938», en A. SMITH y C. MAR-MOLINERO (eds.): *Nationalism and National Identity in the Iberian Peninsula*; y P. PRESTON: «The Creation of the Popular Front in Spain», en H. GRAHAM y P. PRESTON (eds.): *The Popular Front in Europe*, Londres, Macmillan, 1987, especialmente pp. 99-100. Tampoco podemos considerar que el Partido Radical esté excluido de este fracaso republicano puesto que era muy dispar en términos regionales y esencialmente clientelista.

cuadrar a las masas previamente no organizadas⁴⁷. La mayor parte de los nuevos afiliados en potencia (en primer lugar a la organización sindical, la UGT) tenían unos niveles muy bajos tanto de formación política como de educación en general. Esa falta era percibida por la dirección como una amenaza a la identidad («tradiciones históricas») y a la coherencia del socialismo español.

En la primavera de 1936, el movimiento socialista sufría de hecho una grave desarticulación organizativa. Sin embargo, ésta no era el resultado del ingreso de nuevos afiliados, sino del recrudecimiento de una letal confusión ideológica y estratégica en el seno del socialismo español. En España, el desarrollo económico desigual había dado lugar, con el tiempo, a la formación de unas clases sociales muy fragmentadas internamente que se habían mantenido aún hasta la década de los años treinta⁴⁸. Si los socialistas querían llevar adelante la reforma con éxito, en una situación en la que coexistían muy diferentes niveles culturales y económicos, entonces tendrían que desplegar medios para atender demandas populares contradictorias (las de pequeños propietarios, rentistas, tenderos y campesinos a la par que las de los obreros urbanos y los jornaleros) a fin de lograr un apoyo social suficiente para resistir el asalto oligárquico. Pero entre 1931 y 1936 el movimiento socialista español, al igual que el republicanismo, se mostró incapaz de elaborar un discurso que pudiera alcanzar y movilizar a todo este disperso conglomerado social. Y, sin embargo, esta capacidad populista para mantener discursos «contradictorios» simultáneos era precisamente la condición esencial para una reforma social y modernización democrática en un contexto de desarrollo desigual (y esta capacidad populista era aún más necesaria una vez estallada la guerra civil).

Tras el 18 de julio de 1936, además, el problema fundamental de cómo afrontar la movilización de masas se hizo más urgente. Porque un efecto crucial del estallido de la guerra civil sería la aceleración del mismo proceso de movilización política de masas que había estado en la base de las tensiones del período republicano pre-bélico, a la par que haría indispensable esa misma movilización para la supervivencia de la República. El republicanismo había quedado eclipsado por un golpe militar que consumaba el proceso de polarización originado por el pro-

⁴⁷ Para un análisis detallado de la crisis del movimiento socialista véase H. GRAHAM: *Socialism and War*.

⁴⁸ Véanse los sugerentes comentarios de Santos JULIÁ en «El socialismo de los años treinta», en *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1988.

pio fracaso político del proyecto republicano. Pero cuando estalló la guerra, el PSOE y la UGT también se enfrentarían a un imperativo de movilización de masas que no sabrían articular de modo adecuado ni en la práctica ni conceptualmente. Y sin embargo, la pretensión de Negrín de construir un Estado fuerte republicano exigía precisamente esa articulación. Implicaba ganar la guerra pero también crear el marco para un proyecto capitalista liberal viable que, con vistas a la futura reconstrucción postbélica, pudiera «contener» y canalizar las iniciativas y protestas populares que se habían manifestado durante el primer semestre de 1936 en la dimensión extra-parlamentaria del Frente Popular (para alarma de los republicanos y de los socialistas moderados por igual)⁴⁹. Esta dimensión extraparlamentaria resurgiría en varias ocasiones durante el primer año de guerra en diversas formas de resistencia popular frente a la extensión del control estatal central y sus manifestaciones más conocidas serían los sucesos de mayo en Barcelona y el desmantelamiento del cantonalismo en Aragón en 1937. La estrechez de miras de la respuesta de la veterana dirección socialista (apurar los filtros de entrada en la organización *hasta que hubiera terminado la guerra*)⁵⁰ es sorprendente porque demostraba que no había comprendido que la movilización de toda la población republicana para la guerra total era una condición esencial de la victoria.

La clave del ascenso político durante la guerra del Partido Comunista de España (PCE) reside en ese fracaso del movimiento socialista español para elaborar un discurso y unos medios de movilización de masas que sirvieran de soporte (al menos durante la contienda) a los intereses «contradictorios» de los diversos grupos sociales que constituían la base de la República. El PCE resultó vital para Negrín precisamente porque tenía en alto grado las cualidades orgánicas imprescindibles para poner en marcha la movilización republicana de la que dependía el proyecto negrinista de reconstrucción del Estado. Por supuesto, sin la llegada de la vital ayuda soviética en el otoño de 1936 no habría habido base material para tal proyecto (puesto que la República habría sufrido una irreversible derrota militar). Pero el protagonismo del PCE no puede reducirse a mero producto de los dividendos aportados por tal ayuda. Porque el apoyo soviético por sí solo no hubiera po-

⁴⁹ H. GRAHAM: «Spain 1936. Resistance and Revolution: The Flaws in the Front», en T. KIRK y T. McELLIGOTT: *Community, Authority and Resistance to Fascism in Europe*. P. PRESTON: «The Creation of the Popular Front in Spain», pp. 99-100.

⁵⁰ Era mejor no «pescar en río revuelto». Esta idea reiteradamente expuesta contrasta vivamente con la visión instrumental de la función del PSOE que tenía Negrín.

dido mantener a flote la República sin el coetáneo y masivo proceso interior para articular un esfuerzo bélico en toda la zona republicana⁵¹. El PCE no sólo defendía una amplia alianza interclasista (igual que los socialistas moderados) sino que emprendió la vía para hacerla realidad. Negrín encontraría en el PCE un partido que podría ser utilizado como instrumento de cambio, lo que no podía hacer el PSOE debido a su «puritanismo» orgánico y «crisis de identidad».

Durante la guerra, el PCE no sólo registró un crecimiento espectacular de su militancia del partido⁵². Además, mediante las organizaciones del Frente Popular, la Juventud Socialista Unificada (JSU) y los sindicatos, el PCE tuvo un papel crucial en la incorporación a la política de ámbito estatal de sectores sociales previamente no organizados, como fue el caso de segmentos de las clases medias y obreras y, sobre todo, de la juventud de todas las clases⁵³.

En este sentido, el PCE heredó del PSOE (que irónicamente se consideraba el «partido heredero») la todavía inacabada tarea ideológica del republicanismo histórico: movilizar al «pueblo». Al acometer esa labor, el PCE no sólo ofreció a Negrín⁵⁴ los vitales recursos humanos para la reconstrucción estatal y el esfuerzo bélico, sino que (mediante el mismo proceso de movilización de masas) emprendió la esencial tarea de legitimar el propio proyecto estatal republicano. El desafío afrontado por el Frente Popular consistía en movilizar a los

⁵¹ Sobre el papel crucial del PCE en la articulación política de la defensa de Madrid véase Julio ARÓSTEGUI y J. MARTÍNEZ: *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984.

⁵² En marzo de 1937, durante la sesión plenaria del comité central del PCE, la militancia fue estimada en 249.140 afiliados, de los cuales más de la mitad (131.600) estaban en el frente. A fines de junio, el PCE declaraba tener 301.000 afiliados (excluyendo los partidos comunistas vasco y catalán, con 22.000 y 60.000 militantes). La afiliación procedía en gran medida de personas que previamente no habían militado en ninguna organización y, en particular, de la juventud que servía en el Ejército. La afiliación en Madrid, (capital y provincia) durante la guerra confirma esta imagen hasta mayo de 1938. Archivo del PCE (Madrid), microfilm XVII (214), pp. 108-113.

⁵³ En enero de 1937, se estimaba que la JSU tenía a unos 250.000 de sus afiliados en unidades militares (el 70 por ciento de su militancia total). Para las implicaciones «modernas» (sociales y culturales) de esta movilización juvenil véase H. GRAHAM: «Community, State and Nation in Republican Spain».

⁵⁴ Aparte de las deliberaciones en las reuniones del gabinete con los ministros comunistas, la comunicación entre Negrín y el PCE se efectuaba a través del comité nacional de Frente Popular y mediante los comités de enlace entre el PCE y el PSOE que existían desde enero de 1937 en el plano local, provincial y nacional para facilitar la administración estatal y la movilización de los recursos de guerra.

cuadros estatales y a los obreros para la guerra y proyectar una visión de lo que el orden republicano podría ofrecer a cambio para cumplir su parte del contrato social con aquellos que luchaban y morían por la República. De este modo, a través de este proceso recíproco, podría comenzar a hacerse realidad la tanto tiempo esperada nación republicana.

A la vista de la amenaza física de un bando rebelde apoyado por el Eje, el hecho de que el PCE abogase por una disciplina de hierro tanto en el campo militar como en el político atraía tanto a los obreros como a sectores de las clases medias republicanas. Estas últimas se vieron especialmente atraídas por el discurso moderado y republicano del PCE. Su llamamiento a reconstruir el poder del Estado ofrecía tanto una defensa de la propiedad como de los valores políticos liberales (con la que Negrín ya estaba identificado) que se oponía a las corrientes de radicalismo social y económico desatadas por el colapso del Estado en julio de 1936. Por ello, los comunistas fueron capaces de atraerse a estos sectores de clases medias urbanas y rurales y de organizarlos en sindicatos campesinos, comerciales y profesionales (los dos últimos integrados frecuentemente en la UGT) y en una variedad de organizaciones frentepopulistas con funciones de servicio social que actuaban en la retaguardia republicana. Entre estas últimas, cabe destacar a la Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA), buen ejemplo de la movilización de clases medias⁵⁵. Pero a la par que llevaba a cabo esta tarea, el PCE continuaba preservando sus bases proletarias a las que ofrecía la promesa de una reforma económica y social como fruto de la victoria (aun cuando estas reformas se presentaban en un lenguaje ambiguo). Por sostener simultáneamente este doble discurso político obrerista y liberal burgués, el PCE fue acusado de ser o bien incoherente o, más a menudo, conscientemente engañoso y oportunista (siendo la faceta «real» la radical o la moderada, según la ideología de los críticos).

De hecho, más que ser un exponente de la confusión o la duplicidad, la política del PCE respondía estratégicamente a las consecuencias estructurales del desarrollo desigual. Las conflictivas aspiraciones e intereses de los muy fragmentados sectores sociales originados por ese dilatado proceso, no eran susceptibles de un fácil acomodo o resolución dentro del período bélico. Lo que entonces se necesitaba (para hacer posible el proyecto de Estado republicano de Negrín) era una fuerza

⁵⁵ Tanto que fue motejada por algunos socialistas y otros grupos de izquierda como Mujeres *Antes* Fascistas.

política capaz de articular y armonizar los diferentes y contradictorios grupos sociales, a la vez que sostenía su movilización mientras durara la guerra por lo menos. Además, fue precisamente el centralismo democrático del PCE lo que permitió soportar esas contradicciones estructurales que antes habían provocado el eclipse republicano y la división socialista. En definitiva, lo que Negrín necesitaba era una fuerza política capaz de ser populista y de soportar así las mismas contradicciones que habían diezmado a la organización socialista entre 1931 y 1937.

Ese fracaso del socialismo español que las demandas de guerra sacaron crudamente a la luz quedó igualmente expuesto en la propia incapacidad de Negrín como jefe de gobierno para diferenciar entre las claves lingüísticas aptas para conseguir una movilización popular (en discursos radiofónicos o impresos) y las dirigidas a foros diplomáticos e internacionales. Negrín siempre utilizó sin distinción una retórica humanista de abstractos derechos y libertades constitucionales que, bajo ese formato, era poco apto para penetrar con éxito en las mentalidades populares españolas de los años treinta. Este fracaso de Negrín (poco sorprendente dados sus orígenes, educación y carrera) le sitúan claramente dentro de la tradición republicana-socialista y, de nuevo, arrojan luz sobre la importancia del PCE para el objetivo de reconstrucción estatal del propio jefe de gobierno.

Al respecto, el énfasis del PCE en la necesidad de organización era crucial. Todos los aparentemente redundantes comités, consejos, asambleas y conferencias eran, de hecho, indispensables para sostener la movilización y la moral populares: el mayor recurso con que contaba la República. Su mantenimiento exigía esfuerzos constantes e infatigables. De ahí el uso por el PCE de la repetición y el ritual, técnicas que sólo cosecharon una crítica condescendiente por parte de los socialistas. Pese a ello, con el paso del tiempo, el constante despliegue organizativo se hizo incluso más vital para sostener la República, a medida que su estructura material y fortaleza moral iban siendo erosionadas durante la crítica segunda mitad de 1938 (como resultado acumulativo del bloqueo naval, los bombardeos aéreos, la destrozada producción agraria, la escasez alimenticia y de alojamientos, la inflación galopante y el creciente mercado negro).

El fracaso del PSOE para entender la importancia de la movilización popular en un contexto de «guerra total» (percibiéndola exclusivamente como evidencia del oportunismo sectario de los comunistas) se pone de relieve con claridad en la siguiente carta de protesta enviada a la comisión ejecutiva nacional del PSOE por la dirección provincial de

Almería en marzo de 1938. Ilustra a la perfección una actitud muy extendida en todo el PSOE en el resto de la zona republicana:

El Partido (Socialista), un poco extrañado de los modos comunistas tan dados a la publicidad excesiva, al ademán desmedido, al ritual ampuloso y vocinglero, a la parlería (...), se ha replegado más aún en sus manifestaciones, austeras y dignas. Pero lo que es desdeñado por deleznable en cuanto a las costumbres, no puede serlo por los efectos que produce. Las gentes son muy poco cultas y muy impresionables. Hasta muy recientemente han estado influidas por una mística religiosa, tan deformada y viciosa como se quiera, pero que llenaba su necesidad espiritual. Y la táctica comunista, llena de puerilidades declamadas y cantadas, plagada de lugares comunes y gestos impresionantes sustituyen el vacío practicado en las personas sencillas, *principalmente en los jóvenes, mujeres u hombres*. El Partido Socialista está decidido a no permanecer ausente de todos los lugares donde se practique alguna acción. Asistirá a cuantos actos se organicen y sea invitado *aunque le parezcan ridículos*, hablará en donde sea preciso, observará cuantos «movimientos» se organicen. Esto es, controlará toda manifestación de tipo político o social que se produzca y deducirá consecuencias⁵⁶.

Los socialistas almerienses describían inconscientemente el modo en el que el PCE había puesto en marcha una nueva práctica política de movilización de masas. En último término, este proceso significaba la transición desde el viejo sistema político de clientelas basado en el patronazgo (típico de las sociedades agrarias mediterráneas) hasta un moderno sistema político de movimientos de masas basados en categorías ocupacionales y generacionales. En teoría y en la realidad, finalmente la política había dejado de ser un dominio reservado a la élite. El PSOE (al margen de la JSU controlada por los comunistas) se vio sobrepasado por el PCE precisamente porque una serie de factores, ya señalados, le impidieron adaptarse orgánica, ideológica y culturalmente a las necesidades de las nuevas condiciones imperantes. Más que interpretar la presencia del PCE en la JSU o en la UGT como «prueba» de una conspiración sectaria o una conquista ideológica, habría que entenderla como parte de un proceso de cambio más amplio mediante el cual la

⁵⁶ AH-13-63, p. 80, Archivo Histórico de Moscú (AH), Fundación Pablo Iglesias (Madrid) Las cursivas son mías y se han respetado las faltas gramaticales y ortográficas del original. Cfr. «No hemos prodigado el escudo de Nuestro Partido para fijarlos por los muros, pero que hablen los que nos conocieron actuar». *Avance* (periódico socialista de Ciudad Real), 10 de junio de 1938.

provisión social (a través de asociaciones de mujeres y de jóvenes —ambas cumpliendo importantes funciones de capacitación técnica-profesional—, y por vía de hospitales públicos, guarderías, cantinas, etc.) comenzaba a ser el ámbito de acción necesario y propio de partidos políticos y entes estatales.

El PCE, por supuesto, no fue la única organización que comprendió los imperativos de la movilización. Organizaciones anarquistas como Mujeres Libres o la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) estaban embarcadas en un proceso similar de movilización y educación, a pesar de su distancia ideológica del Frente Popular. Y para aquellos movilizados de ese modo por vez primera, la experiencia recogida sería igualmente emancipatoria. Incluso aunque la escala de movilización de estas organizaciones anarquistas fuera sin duda menor que la del Frente Popular, no dejaba de ser significativa⁵⁷. La importancia singular de las actividades del PCE radica básicamente en que conectaban esa movilización «desde abajo» con las demandas de las nuevas estructuras estatales «desde arriba». A través de todas las organizaciones del Frente Popular articuladas por el PCE, las todavía incompletas estructuras de la burocracia estatal se vieron crucialmente reforzadas. Así, el PCE se reveló tanto un síntoma como un instrumento de este proceso general de modernización social, política y cultural. El PCE no sólo sostenía la política de resistencia de Negrín en términos organizativos sino que encarnaba su visión de una España *moderna*. Lo que el PSOE encontró insoportable (y no sólo su sección de Almería) era la disposición del PCE para adaptarse al nivel cultural existente entre sus interlocutores de las clases populares, muchos de los cuales realmente registraban un grado mínimo de formación política y educativa. Pero tal adaptación era esencial si quería lograrse una movilización republicana verdaderamente nacional.

En vista de las dotes organizativas y capacidad movilizadora del PCE cabría pensar lógicamente que la perspectiva de una unificación entre socialistas y comunistas tuvo para Negrín su atractivo durante algún tiempo. No en vano, Prieto, con una concepción mucho menos instrumentalista del PSOE que Negrín, también había propuesto seriamente esa medida en la primavera de 1937 creyendo que podría reforzar el esfuerzo bélico⁵⁸. Además, un PCE frentepopulista parecía con-

⁵⁷ La FIJL tenía aproximadamente 100.000 afiliados, en tanto que Mujeres Libres contaba con cerca de 20.000.

⁵⁸ H. GRAHAM: *Socialism and War*, p. 132.

firmar la tradicional convicción socialista de que la escisión comunista de 1921 había sido innecesaria en términos ideológicos y había fragmentado el movimiento socialista español sin motivo real.

Sin embargo, ya a la altura del otoño de 1937, Negrín había desestimado por completo tal posibilidad de unificación, declarando que era una iniciativa más propia de la zona rebelde que de la zona republicana⁵⁹. De hecho, había una sorprendente similitud entre el PCE y la Falange en cada una de las zonas por lo que respecta a sus bases sociales, sus procesos de movilización y su papel en el funcionamiento de la burocracia estatal. Esto no implica que el PCE fuera «fascista» dado que había diferencias cualitativas en la cultura de movilización: la insistencia republicana en la auto-educación y en el potencial liberador del cambio social no tenía equivalente en el discurso impersonal y monolítico de la Falange. Sin embargo, la negativa de Negrín exageraba el contraste y es probable que aminorara sus propios juicios sobre la unificación por dos motivos conexos. En primer lugar, por el serio malestar extendido por el PSOE y la UGT (producto de la rivalidad con el PCE, exacerbada por el sectarismo de éste)⁶⁰. En segundo lugar, por la negativa impresión que la creación de un partido único habría de tener en aquellos sectores que Negrín pretendía atraerse para poner fin a la No Intervención y el embargo: los círculos gubernamentales británicos y franceses y la socialdemocracia del norte de Europa, en los cuales predominaba el anticomunismo.

Pero el intenso anticomunismo ante el que reaccionaba Negrín habría de convertirse en una barrera infranqueable, evitando que la compleja función real del PCE en el contexto de la España republicana fuera bien comprendida por aquellos círculos gubernamentales de Europa occidental en los que tenía puestas sus esperanzas el jefe del gobierno español. Esa barrera tampoco se levantó ni siquiera tras el final de la guerra: el papel del PCE en el sostenimiento de un programa liberal de reconstrucción estatal y movilización nacional sigue oculto bajo una interpretación histórica monolítica del partido que le contempla (y

⁵⁹ D.T. CATTELL: *Communism and the Spanish Civil War*, Nueva York, Russell & Russell, 1965, p. 186.

⁶⁰ Ese malestar fue transmitido a Negrín por su amigo y correligionario, Ramón Lamóneda, secretario general del PSOE. Además de la pérdida por parte del PSOE de la JSU y del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña), las relaciones entre socialistas y comunistas estaban deteriorándose en los comités de enlace. El frustrado intento de unificación en Jaén en agosto de 1937 dañó aún más las relaciones. Véase H. GRAHAM: *Socialism and War*, pp. 122-123.

a Negrín por asociación) como un mero instrumento de la política soviética⁶¹.

Esta interpretación monolítica tiene su base en la manera en que Stalin utilizó la especial influencia política soviética en la zona republicana (derivada de su condición de principal suministrador de armas) para extender por ella su violenta purga de trotsquistas y otros disidentes comunistas ya en curso en la Unión Soviética. En España esta purga se materializó en la persecución de los militantes y simpatizantes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Pero la criminalización del POUM tras su participación en el levantamiento antigubernamental ocurrido en Barcelona en mayo de 1937 pertenece igualmente a otra historia, la de la lucha de clases librada *entre los españoles*: los unos partidarios del Frente Popular⁶² y de reconstruir el Estado burgués y los otros (fragmentos del movimiento socialista, del comunista y del anarquismo) partidarios de continuar los cambios sociales y políticos más radicales iniciados en julio de 1936 tras el aplastamiento del golpe militar y el colapso del Estado. Los agentes de la Comintern detuvieron y en ocasiones asesinaron a disidentes comunistas, de manera especialmente infame al líder del POUM, Andreu Nin. El tratamiento brutal reservado a Nin estaba relacionado con el hecho de que su disidencia se había percibido como la traición de «uno de los nuestros». Nin había vivido en la URSS durante los años veinte y había sido un alto funcionario de la Internacional Sindical Roja. En 1926 se había unido a la Oposición de Izquierda y fue por algún tiempo secretario de Trotsky. Pero la tarea de suprimir definitivamente a la izquierda radical como fuerza política en España no fue obra de las checas (cárceles clandestinas) del PCE, sino de los tribunales republicanos que asumieron la criminalización del partido al condenar y encarcelar a muchos de sus líderes por rebelión política *contra el Estado*⁶³. Y esto no era un mero detalle procesal o semántico mediante el cual el gobierno republicano pretendiera tácticamente evitar ser visto como un lacayo «de la volun-

⁶¹ El ejemplo más influyente de esta visión es el trabajo de Burnett BOLLOTEN, cuya versión final se recoge en *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989.

⁶² Para un análisis del proyecto contrahegemónico y del Frente Popular como «la opción menos débil», véase H. GRAHAM: «Spain 1936. Resistance and Revolution», y «Community, State and Nation in Republican Spain».

⁶³ Andrés SUÁREZ (pseudónimo de Ignacio Iglesias): *El proceso contra el POUM. Un episodio de la revolución española*. París, Ruedo Ibérico, 1974. Se trata básicamente de una crítica de un comunista disidente sobre las actividades stalinistas.

tad de Stalin». En gran medida, el horrible destino de Nin ha oscurecido el hecho de que la represión del POUM respondía a la dinámica política interna de la República: el Estado burgués se reforzaba mediante el ejercicio de la autoridad coercitiva⁶⁴.

No obstante esa coerción, los sucesos de mayo en Barcelona habían minado la credibilidad del Estado republicano porque volvieron a sembrar la duda sobre su capacidad para «mantener el orden». Para reparar el daño, para restaurar la fe en el Estado republicano en el interior y en el exterior (sobre todo ante los círculos oficiales democrático-occidentales), la República tuvo que reimponer por la fuerza el orden constitucional y económico liberal y castigar a quienes habían intentado quebrarlo. Negrín, que había llegado a la jefatura del gobierno por la crisis de mayo, lo comprendió muy bien. Este sería el objetivo del régimen republicano al atacar al POUM y llevarlo ante los tribunales en 1938. En comparación con la CNT, cuyas bases sociales fueron los verdaderos protagonistas en los sucesos de mayo, el POUM era un blanco más claro y «manejable» para la acción estatal. Más claro porque la dirección poumista había apoyado públicamente la rebelión de mayo una vez iniciada, mientras que la dirección nacional de la CNT no lo había hecho. Más manejable porque la capacidad movilizadora del POUM era pequeña y muy circunscrita en comparación con la del sindicato libertario. Negrín y sus colegas de gabinete sabían muy bien que muchos militantes de la CNT estaban disconformes con la línea pro-gubernamental de su propia dirección nacional y que, si se presionaba demasiado, los radicales de la CNT todavía tenían la capacidad movilizadora suficiente para desbaratar la producción industrial barcelonesa (imprescindible para el esfuerzo bélico). Al señalar al POUM como objetivo, Negrín también estaba enfrentándose al recalcitrante separatismo de las milicias poumistas en el frente de Aragón. Las mismas constituían un obstáculo no sólo a la extensión del control militar del Estado sino también a su autoridad política, puesto que esas milicias eran las que garantizaban la existencia del Consejo de Aragón.

Para Negrín, sin embargo, el debido proceso legal contra el POUM era una cosa y otra muy diferente las actividades de la policía soviética al asesinar y secuestrar con impunidad en territorio español. Negrín no tenía ninguna simpatía por los objetivos políticos radicales del POUM. Pero las actividades cometidas bajo el paraguas protector de la Comin-

⁶⁴ Un síntoma de esto era el creciente número de presos gubernativos que había en las cárceles republicanas. A. REIG TAPIA: *Violencia y terror*, p. 121.

tern estaban violando diariamente los principios básicos de su filosofía liberal (la legitimidad del Estado republicano en virtud de su constitucionalidad). Además, Negrín sabía muy bien que el conocimiento público de esos actos (cuya falta de legalidad parecía recordar los *paseos* de los primeros días de julio de 1936) tendría como efecto la enajenación de las potencias occidentales cuya ayuda buscaba para dejar de depender de la asistencia soviética. Pero como esta asistencia no podía ponerse en peligro hasta que se hubiera materializado el final del embargo occidental, Negrín se vio obligado a cerrar los ojos ante la persecución ilegal del POUM por parte de la Comintern, consciente de que así daba argumentos anti-republicanos a la opinión hostil en Gran Bretaña y Francia y que socavaba su objetivo a largo plazo (la creación de un Estado liberal fuerte y centralizado en España). Pero a pesar del obsesivo interés de Stalin para liquidar a los disidentes, debe quedar claro que la *criminalización* del POUM obedecía a una lógica interna a la propia República: durante demasiado tiempo la falta de reconocimiento del potencial represivo implícito en la reconstrucción del Estado republicano entre 1937 y 1939 ha hecho que los analistas caractericen ese fenómeno como violencia «comunista» o «estalinista»⁶⁵.

De todas formas, fue la reconstrucción de las estructuras estatales y la movilización nacional a través del Frente Popular lo que permitió que la República, bajo la presidencia de Negrín, pudiera librar una guerra larga en condiciones extremadamente desfavorables. Para comprender por qué finalmente acabó derrotada, más que retornar al endeble argumento de lo que hubiera pasado si se hubiera llevado a cabo una (muy hipotética) revolución, resulta más sensato investigar el poco explorado período entre 1937 y 1939 (que comprende dos tercios de la duración total de la guerra) y estudiar la dinámica negativa que tuvieron las derrotas en el frente de batalla combinadas con la creciente crisis de la retaguardia. Y debemos recordar que ambos fenómenos fueron esencialmente determinados por las políticas de las democracias capitalistas de Occidente. Bajo Negrín, la República no sólo combatió al ejército rebelde abastecido por las potencias del Eje sino también a un

⁶⁵ En la reciente película de Ken LOACH: *Tierra y libertad*, una narración virtualmente anti-estalinista en exclusiva desemboca precisamente en este equívoco. En mi próximo libro sobre la República en guerra haré mayor hincapié en la necesaria diferenciación entre violencia «estalinista» y «comunista» (ésta referida al «proselitismo» del PCE y la otra a las actividades específicas y clandestinas de los agentes soviéticos y de la Comintern, tales como interrogatorios de disidentes, control de checas, etc.). A veces, los militantes del PCE tomaban parte en esas actividades.

embargo económico paralizante. Este último no sólo evitó que el Ejército republicano pudiera operar en igualdad de condiciones militares frente al enemigo, sino que también socavó gravemente las tentativas del gobierno republicano para mantener íntegro el tejido moral y material de la retaguardia, lo que era fundamental para su guerra de resistencia (la única guerra que la República podía librar dados sus escasos recursos). De hecho, la sistemática concentración del análisis histórico en los conflictos internos republicanos entre 1936 y 1937 para explicar la derrota de 1939 ha tenido como resultado (demasiado conveniente) el olvido de cualquier discusión sobre la brutal erosión provocada por las políticas occidentales sobre la España republicana a partir de 1937.

Las guerras provocan profundas alteraciones en las economías. Pero la guerra bajo condiciones de embargo magnificó los efectos de esas alteraciones al forzar a Negrín a dedicar una proporción más grande de lo normal de las divisas convertibles (pesetas-oro) a la compra directa de material bélico⁶⁶. Entre 1937 y 1939, por tanto, las políticas (así como «los supuestos tácitos») de las democracias liberales de Gran Bretaña, Francia (y los Estados Unidos⁶⁷) jugaron un papel crucial en el debilitamiento del esfuerzo de guerra de la República y de su retaguardia, contribuyendo así a la pérdida de legitimidad del emergente Estado republicano. La línea de ruptura dentro del liberalismo (entre la defensa de la economía capitalista y una visión política inclusiva) que la crisis económica de los años treinta había abierto (y que el proyecto liberal español había intentado superar), acabó por convertirse en un cisma donde quedó enterrada la República.

En abril de 1938 las tropas de Franco había alcanzado la costa en Vinaroz (Castellón), rompiendo el territorio de la República en dos partes y separando la zona centro-sur de la única frontera con un país amigo (la frontera catalana con Francia). Desde entonces, el hecho de que Negrín concediese prioridad a los suministros militares para mantener la resistencia en unas condiciones de crecientes carencias de abastecimientos materiales (con los problemas de suministros exacerbados por la división territorial), tuvo como efecto el rápido deterioro de las míseras condiciones vitales para amplios sectores de

⁶⁶ Véase al principio de este artículo la discusión sobre las implicaciones económicas de la No Intervención.

⁶⁷ Douglas LITTLE: *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain and the Origins of the Spanish Civil War*, Ithaca, Cornell University Press, 1985.

la población republicana (especialmente en las superpobladas ciudades receptoras de refugiados, sobre todo en Cataluña). La República tuvo que alimentar a una creciente población urbana con unos recursos internos alimenticios cada vez más escasos. Las conquistas militares rebeldes habían ido restando zonas productoras de alimentos, los bombardeos aéreos habían desarticulado y disminuido la producción agraria e industrial, y la inflación había estimulado el acaparamiento de víveres en el campo, lo que a su vez había agravado la tensión social entre comunidades rurales y urbanas y entre el campesinado, por un lado, y las autoridades y el ejército republicano, por otro, a propósito de la requisita de suministros. Negrín no tuvo acceso a facilidades crediticias para compensar la caída en suministros esenciales y alimenticios (pese a la ayuda soviética) y en diciembre de 1938, cuando las reservas de oro y plata ya habían sido agotadas en el pago de suministros militares, el jefe de gobierno tuvo que pedir desesperadamente un nuevo crédito a la Unión Soviética para conseguir importaciones esenciales para la retaguardia⁶⁸. En esas condiciones dramáticas, inevitablemente, el floreciente mercado negro se convertiría en otro foco de crecientes tensiones sociales y políticas.

La escasez material generalizada exacerbó la crisis política del Estado republicano. Negrín había dirigido su reconstrucción, pero la propia dinámica de la guerra en tales condiciones de inferioridad respecto al enemigo hicieron crecer masivamente las funciones que dicho Estado debía cumplir. La distancia entre necesidades y satisfacciones no sólo significaban condiciones materiales muy duras sino que también tenía implicaciones políticas. La República estaba fracasando visiblemente, y diariamente, en su tarea de proporcionar alimento, abrigo y seguridad física. Y esto implicaba que estaba fracasando en la tarea de extender la idea de su propia superioridad y valor político. A la postre, más que la crisis militar o las dificultades logísticas, fue la desintegración política y social de la retaguardia (colapso que simbolizada el fracaso material e ideológico del Estado) la que permitió el golpe del coronel Casado contra Negrín que habría de terminar de forma prematura con la guerra de resistencia de la República.

⁶⁸ Durante el último año de guerra, Negrín trató de diversificar la estrategia financiera de la República, en particular buscando créditos soviéticos. Ángel VIÑAS: «Gold, the Soviet Union and the Spanish Civil War», *European Review*, IX, n.º 1, enero de 1979, pp. 120-121, y «The Financing of the Spanish Civil War», en P. PRESTON (ed.): *Revolution and War in Spain, 1931-1939*. Londres, Methuen, 1984, pp. 271-273.

Uno de los hilos conductores en esa historia desesperada tiene que ver con las consecuencias del sectarismo comunista⁶⁹ (lo que podría llamarse su «disfuncionalidad», en comparación con la funcionalidad del centralismo democrático del PCE en el contexto de la reconstrucción del Estado republicano y de la movilización nacional). Pero este sectarismo disfuncional por sí solo no «causó» el golpe de Casado. Más bien operó como un catalizador para un malestar popular multifacético y un profundo cansancio por la guerra. Ambos fenómenos alcanzaron un punto crítico después de la división territorial de abril de 1938, precipitando finalmente el conflicto latente entre los partidarios de la resistencia (simbolizados por Negrín y sostenidos orgánicamente por el PCE) y los que querían negociar la paz con Franco creyendo erróneamente que ello era posible.

Este artículo ha tratado de demostrar que los fracasos que frecuentemente se atribuyen a Negrín como jefe de gobierno durante la guerra eran en realidad síntomas de la crisis del propio Estado republicano. Negrín pretendió consolidar un orden liberal democrático y movilizar a la población republicana para que lo defendiera a través de un esfuerzo bélico. Pero este proyecto fue socavado por la debilidad histórica del Estado español, por la intensa fragmentación de las bases sociales de la República, y por las agotadoras condiciones de inferioridad material y escasez en las cuales tuvo que librar la República una guerra larga, cruenta y «moderna»⁷⁰. La crisis material acabó por deslegitimar al Estado republicano. Fue el colapso de la retaguardia lo que dio por terminada la guerra de resistencia de la República.

⁶⁹ Véase la nota 65.

⁷⁰ Como Negrín recordó a Prieto en su carta de 23 de junio de 1939. *Epistolario Prieto y Negrín*, p. 41.